

—¿Y Leopoldo, qué dice?

—Poca cosa: se entrega por completo á sus negocios, y se cuida poco de su casa; entre nosotras, Germana, hay que convenir en que no ha hallado lo que soñaba.

Germana suspiró, pensaba en madama de Emmeryn, que había puesto en aquel hijo único su amor y su alegría y que sufría al ver que no era dichoso; la joven comprendía mejor que nunca el corazón de una madre, al lado de la cuna de Marcelo. Además, madama de Emmeryn no le ocultaba sus penas; su amistad por Germana era demasiado grande para no ser explícita y algunas veces le decía:

—Mi hijo ha tenido su ideal como los demás, pero se ha apercibido de que su ideal era sólo una ilusión; él hubiera sabido apreciar la dicha doméstica, su mujer y sus hijos hubieran tenido el sitio mejor de su vida, pero vuestra hermana no lo ha comprendido. Angela se ama, ante todo, á sí misma, y después ama al mundo que la halaga. Su interior está vacío y helado. Raoul, confiado á una niñera, apenas ve á sus padres; cuando Leopoldo vuelve á las horas de las comidas, es para asistir á una escena entre Angela y su madre, ó á otra escena más ruidosa entre Angela y los criados. Cuando no hay nubes en la atmósfera, la conversación rueda siempre acerca de los asuntos de la moda, y de los chismes de la sociedad, como por ejemplo:

—Ayer había veinte mesas de juego en

casa de madama A... madama B... llevaba unos magníficos encajes de Chantilly ¿cómo harán esas gentes para tener ese lujo?

—Madama C... ha estrenado el cuarto sombrero en esta estación.

Ya comprendéis, Germana, que mi hijo necesitaría otra cosa porque tiene corazón é inteligencia.

—¿Por qué no ha probado á ver si podía formar el carácter de mi hermana?

—Eso hubiera sido muy difícil: no se consigue nada con los seres secos y frios; el mármol cede á los golpes del martillo, pero el carácter de Leopoldo no es para ser martillo.

—¿Ni yunque?—preguntó Germana sonriendo.

—Aún menos; mi hijo ha puesto el interés de su vida en otra parte: en la ambición.

Madama de Emmeryn había visto claro en el alma de su hijo: disgustado del hogar doméstico, había pedido al trabajo y al éxito un alimento para la actividad de su alma, y buscaba el subir con esa avidez que los empleados del Estado conocen solos, y al lado de la que la sed de dinero de un banquero judío es mucho menor.

Lo que se desea con voluntad se obtiene. Leopoldo ascendió y después obtuvo lo que tan ardientemente había anhelado, su nombramiento en París para uno de los puestos más importantes del Ministerio de que dependía.

Madama Darboys fue por sí misma á anunciar esto á Germana.

—¿Y vais á seguir á Angela, querida mamá?—preguntó Germana toda turbada con este cambio de situación.

—¿Y cómo haría sin mí la pobrecita? ya tiene dos hijos: Raoul, tan delicado, y Luisa que sólo tiene dos meses, un viaje, una mudanza, y mil dificultades que acompañan á un cambio de existencia! En París tendrá que frecuentar la sociedad á causa del destino de su marido... le será necesaria, y me ha rogado que la siga.

El rostro de la pobre madre tomó una expresión radiosa; ser necesaria á Angela había sido el fin de toda su vida.

—Ahora veré á Valentina,—añadió, pues que está en Val de Grace y esto me hará muy feliz; y tú, Germana, ¿no vendrás á vernos también?

—Sí, mamá; pero no me será posible hasta que acabe de criar á mi pequeño Marcerlo.

—Que será pronto, porque el niño está hermoso y robusto; los hijos de Angela son más endebles que los tuyos.

La conversación siguió así rodando sobre asuntos indiferentes. Ni Germana ni su madre se atrevían á abordar el fondo de la cuestión; ninguna confianza se cambió; por nada en el mundo hubiera confesado madama Darboys á Germana que no había hallado en su hija predilecta ese cariño tan esmerado, tan deseado, y Germana tenía de-

masiada dignidad para forzar la confianza de su madre, y demasiada delicadeza para elogiar su dicha, delante de la que llevaba tanta tristeza en el fondo del alma, y algunas veces tantas lágrimas en el fondo de los ojos.

Así se separaron, sin que aquellos corazones, distantes desde hacía tanto tiempo, se reuniesen en una sola expansión; más por la noche Germana lloró con la cabeza apoyada en el hombro de Armando, y añadió á sus oraciones esta súplica:

—¡Dios mío, velad sobre mamá! ¡Dios mío, dadme un amor igual para todos mis hijos!

Las cartas que empezó á recibir de Angela y de su madre no le decían nada de íntimo: Germana sentía que un lado de la vida de aquellos dos seres permanecía para ella velado y oculto. Angela hablaba de París; decía que se divertía; le describía y enumeraba las brillantes relaciones que debía á la posición de su marido. Madama Darboys escribía brevemente; hablaba de la dificultad de establecerse, de los malos ratos que dan los criados, de las pequeñas dolencias de Raoul y de Luisa, y terminaba bruscamente con algunas palabras de afecto para Armando, de cariño para su mujer y sus hijos; en todas sus cartas evitaba cuidadosamente todo detalle personal.

—Es un alma cerrada,—decía Armando algunas veces.

—Para nosotros,—respondía su esposa con tristeza.

La situación de su madre era para la joven la espina oculta bajo las rosas; el dardo que se lleva en el fondo del pensamiento, y que impide que la dicha de aquí abajo sea completa.

Durante algún tiempo, Valentina pudo decirle de su madre lo que sabía, y sobre todo lo que adividaba; pero la habían alejado de París: acababa de ser nombrada superiora de uno de los hospitales de Tolosa. Tampoco ella había obtenido la confianza de su madre, y se había llevado en el fondo del alma una viva inquietud al alejarse de París.

Un día de junio, Armando y su mujer se hallaban sentados en el terrado y miraban al sol que se ocultaba en toda su gloria: sus hijos jugaban sobre el césped, á dos pasos, todo era apacible en su alma y al derredor de ellos: un criado entró llevando en la mano una bandeja llena de cartas, de libros y de periódicos.

—Aquí tenéis vuestro correo, señora,—dijo alegremente Armando, poniendo sobre la falda de su mujer un periódico y una carta.

Germana miró esta y dijo con no menos alegría:

—Es de Valentina.

Y empezó á leer á media voz; al llegar á la segunda página siguió leyendo con la mirada y dijo vivamente á su marido:

—Oye lo que me escribe, Armando.

*Al salir de París, había rogado á la hermana Vicenta, que hiciese de cuando en cuando y según la regla lo permite, una visita á nuestra madre. Esto me tranquilizaba un poco, porque aunque mamá está en casa de otra hija, me parece que se halla como aislada en ese grande y descuidado París. Dos veces me ha hecho decir la hermana Vicenta que mi madre estaba buena; pero hoy me escribe ella misma y me dice que hablándome francamente cree á nuestra madre muy enferma ó muy desgraciada... La ha visto llorar; y cuando la hermana le ha preguntado con todo el calor de su buen corazón si tenía alguna pena, le ha contestado que no, y que su tristeza era efecto de un malestar nervioso.*

*Nuestra madre sufré, Germana: ¿qué sucede? Yo estoy sujeta aquí por la obediencia, no puedo ir á París, y sin embargo, mi alma vuela allí. Dios quiere de mí este sacrificio y es preciso someterse. Pero tú, mi amada Germana, eres libre, y tu ternura filial te inspirará lo que debes hacer.*

*Adiós, mi querida hermana; abraza por mí á tus hijos, y dí á tu marido que ruego todos los días por él que te hace feliz.*

—¡Es preciso partir, es preciso ir á París!—dijo Armando con decisión.

—Yo lo creo también,—respondió Germana.—¡Ay!... ¿cómo hallaré á mi pobre madre?

—Probablemente muy desgraciada. ¿Cómo no ha de serlo en país extraño y colocada entre un yerno indiferente y una hija de un

carácter... personal, por no decir otra cosa más dura!...

—Y ¿qué hacer, Dios mío?... ¿cómo mejorar esta situación?...

—Tú harás lo mejor, mi querida Germana; tu corazón te dictará un buen pensamiento; y, ya lo sabes, si tu madre se halla cansada de París, nuestra casa está siempre abierta para ella. Yo te autorizo á que se lo digas.

—¡Ah, qué bueno eres, Armando!—exclamó la joven abrazándole.

—Es preciso que partas mañana. ¡Ya verás qué bien cuidado á los niños en tu ausencia!

—¿Separarme de ti?... ¿separarme de ellos? ¡Si no fuera por mi madre!...

Los tres niños entraron en aquel instante. Germana los atrajo hacia ella, los abrazó y dijo á los mayores:

—Voy á ver á vuestra abuela, hijos míos.

—¡Tráela aquí, mamá!—exclamó Gabriela,—para que me oiga decir las fábulas que sé.

—Yo llevaré mis tortolitas á su cuarto para que la diviertan,—añadió Marcelo, estimulado por las palabras de su hermana.

—Dile que estos inocentes la invitan á venir,—concluyó Armando, tomando á los niños en sus brazos y llevándolos en triunfo á su dormitorio.

## XIV

## Un corazón que se abre

Cuando Germana llegó á París, la noche estaba avanzada: tenía necesidad de reposo y se hizo conducir directamente al hotel. Después de escribir dos renglones á su marido, se acostó; pero el sueño huyó de sus ojos; el objeto de su viaje, la visita que debía hacer al día siguiente, el recuerdo de los queridos ausentes, la preocupaban vivamente y mucho antes del alba empezó á oír los ruidos de la gran ciudad, que fueron creciendo, y que contrastaban con el solemne silencio del campo, á que estaba acostumbrada.

Se levantó temprano, buscó una iglesia para oír misa y rogó como se ruega cuando se está ausente de los suyos, y encargado además de un asunto de importancia.

Al medio día tomó un carruaje y se hizo conducir á casa de su hermana, situada en uno de los barrios más elegantes de París.